

XVII Concurso de Cuentos «Mari Luz Puche»

Primer Premio • Categoría D

Una triste historia



La tarde era triste y gris, llovía copiosamente, así que no había más opción que estar en casa. El fuego estaba encendido, cuando mi padre nos trajo del colegio a mi hermano y a mí, pensé, que gracias que nuestra casa estaba en el campo y teníamos

chimenea. En casa estaban mi madre y mi abuela, como siempre. Mi madre cuidaba de mi abuela, porque mi abuela, decía mamá, que vivía en un mundo diferente al nuestro, yo la verdad, es que no lo entendía, ¿cómo vivía en un mundo diferente si estaba aquí con nosotros?, la verdad, es que poco a poco lo fui entendiendo.

La abuela era mayor y tenía todo el pelo gris y unos ojos pequeños. Sus manos eran como de cartón arrugado, las tenía ásperas, tenía mucha fuerza, a veces cuando cogía cosas no había forma de quitárselas, mi hermano decía que tenía gachetobrazos y a veces yo pensaba que tenía razón mi hermano. Lo mejor de la abuela era que desde que vino a vivir con nosotros, nuestra casa era una aventura diaria. Siempre era el centro de atención de una o de otra forma, mi hermano y yo nos habíamos dado cuenta de que nosotros habíamos pasado a un segundo plano, lo cual nos daba ventaja, porque mi madre estaba bastante entretenida con la abuela.

A veces mi hermano y yo oíamos a mis padres hablar de cómo había ido el día con la abuela, ellos pensaban que nosotros no nos enterábamos, pero poníamos mucha atención para saber que había hecho la abuela ese día, es que la abuela era genial. Bueno al menos eso era lo que nosotros pensábamos, porque de vez en cuando mi madre estaba bastante nerviosa y es que la abuela, desaparecía se salía de la casa y comenzaba a andar y según mi madre luego no sabía volver y había que ir a buscarla. Así fue como mis padres tomaron la decisión de poner una valla en la parcela y una puerta que se cerraba cuando mi padre salía con el coche, de esa forma mi madre no tenía que estar vigilando todo el tiempo a la abuela. Pero eso no era todo, la abuela de vez en cuando nos llamaba con otro nombre o nos preguntaba ¿quienes soís?, o escondía la comida que luego encontrábamos. ¡Toda una aventura!, nosotros pensábamos que si algunas cosas las hubiéramos hecho mi hermano o yo, nos la habríamos cargado con todo el equipo, y sin embargo mi madre decía siempre que la abuela era un tesoro, que había que quererla y cuidarla mucho. Nosotros por nuestra parte intentábamos entender a mi madre pero a veces cuando veíamos el comportamiento de la abuela y pensábamos que se portaba mal y no hacía caso a nadie, no nos parecía justo.

A estas alturas teníamos muy claro que nuestro segundo plano nos dejaba más espacio sin vigilancia ya que mi madre estaba muy ocupada con la abuela.

Aquella tarde, mi madre había preparado nuestras meriendas, pensando que por el tiempo no podríamos salir fuera. Había puesto nuestra mesa redonda y también le puso la merienda a la abuela, cerca de la chimenea. Al cabo de un rato, Andrés y yo estábamos peleando y la abuela por su cuenta, había cogido el jersey que mi madre estaba haciendo para mi hermano. Andrés y yo enfrascados en nuestra pelea no nos dimos cuenta que la abuela lo había desecho casi todo, cuando mamá entró al salón alertada por nuestra pelea se dio cuenta de lo que la abuela estaba haciendo y gritó:

-¡Basta ya!- con tal fuerza que los tres paramos en seco.- ¿Cómo podéis ser así? estáis peleando por

nada y no cuidáis de la abuela ¿No puedo salir ni dos minutos de aquí sin que pase nada?- A todo esto mamá intentaba quitarle la labor de las manos a la abuela, pero ella se negaba a soltarla y decía:

-Déjame, tengo que terminarlo, mi hermano viene mañana del frente y hace mucho frío, ¡déjame terminarlo!

-Dos lágrimas recorrieron las mejillas de la abuela.

La escena hizo que mi madre soltase la labor y bajase la guardia con la abuela.

-¿Mamá, de qué hermano habla la abuela? ¿Dónde está el frente ese que dice?

-Nada Manuel, es una historia muy triste y larga, son cosas de la abuela...

-Pero...Mamá, está llorando y dice que tiene que terminarlo...

-Anda terminad vosotros de merendar, que tendréis que hacer deberes y ya me ocupo yo de ella.

-Yo mamá, no tengo deberes- Dijo Andrés- Los he hecho en clase.

-¡Jolín!, Claro yo tengo que hacer una redacción sobre mi familia - dijo Manuel aburrido- y no se qué poner, ni qué decir, es que siempre me pasa lo mismo y ¿qué cuento? ¿Que me peleo con éste?-dije señalando a Andrés, que ya me hacía caras otra vez.

-A ver Manuel ¿no ocurren más cosas en casa?

-Sí, que la abuela...

-Vale no sigas por ahí, ya te he entendido, quieres que te ayude.

-Bueno yo es que en el colegio..., me han hablado sobre la memoria histórica, el profesor dijo que hubo una guerra en España y que más adelante nos lo contarán en historia, con más detalles. Él nos dijo que habían dos bandos que unos eran republicanos y otros soldados que se pusieron en contra de la republica, o algo así. Pero es que yo mamá, no me he enterado muy bien, yo quiero saberlo...

-Manuel yo no creo que quieras saberlo, aquella historia fue muy triste, para muchas personas y no creo que sea tema para una redacción...

-Claro mamá y entonces cuento lo de mi hermano que es...

-Vale Manuel, vale, a ver voy a intentar contaros una historia y espero no equivocarme, porque es muy triste ese tema. No hay forma de contarlo en la que veamos una parte positiva, así que espero Manuel prestes mucho atención para que sepas, cual es el mensaje.

-Está bien estoy atento...

-Y yo -dijo Andrés pensando que así no lo excluían de oír la historia.

La abuela pareció entender a mamá, y aunque prácticamente tenía todo el jersey ya desecho, lo dejó a un lado como si tal cosa y cogió la magdalena que mamá le había puesto hacía un rato y como una buena chica empezó a comérsela.

Con todos atentos mamá comenzó su historia:

-Bueno, esto ocurrió hace más de 70 años

-Más que tiene la abuela -dijo Andrés-

-No hijo, la abuela tiene 86 años

-¡Madre mía! Ya decía yo...

-¡Jo! Andrés, que no te callas y yo no me entero...

-Vale, ya me callo.

-Va, la historia es muy triste, porque se trata de una guerra. No creo que os lo hayan contado en el colegio todavía por vuestra edad, pero como ahora os han puesto la educación para la ciudadanía, a lo mejor, os lo cuentan, con todo esto que me decías de la memoria histórica, no se...

-A mí me da Antonio educación para la ciudadanía.

-¡Jo! Andrés eso mama ya lo sabe, deja que cuente la historia, por fa...



-Vale...

-Bueno pues, aunque me imagino que él os lo contará, la verdad es que prefiero contároslo yo porque las cosas hay que oír las por varios, para así tener más opiniones y después vosotros mismos pensar en qué pasó entonces y qué hacer para que no se vuelva a repetir, porque las guerras, ya veréis como no son buenas.

Fue en la guerra civil española cuando ocurrió lo que os voy a contar...la guerra estaba muy avanzada y los republicanos no tenían ya más hombres para luchar ya que todos los hombres útiles y de una cierta edad se habían ido a luchar conforme los iban necesitando, pero en la guerra cada vez mueren más personas y sobre todo morían del bando republicano porque no estaban preparados para luchar, eran agricultores, herreros, zapateros, transportistas... pero no soldados, por eso estaban en desventaja. Cada vez el frente...

-Eso es lo que ha dicho la abuela, ¿Qué es el frente?

-Si hijo, es el lugar donde peleaban unos con otros, así le llamaban, cada vez el frente estaba más desierto, los republicanos venían a las ciudades y pueblos en busca de hombres, de más hombres, bueno ya no eran tan hombres, al final eran casi niños.

En casa de Laura y José sólo estaba Antonio de chicos, ya que el matrimonio sólo tenía dos hijos y la otra era una chica. A José, la guerra le pilló mayor, y no se fue al frente, tampoco tenían más familia y el era el que traía el poco sustento que en tiempos de guerra se podía conseguir, ya que no había mucha comida, ni en los mercados, ni comercios, a causa del abandono de las tierras y de los pocos hombres que había.

Así que José hacía lo que podía que más bien era poco, más bien se dedicaba a pasar desapercibido, ya que corrían tiempos difíciles y no quería que le ocurriese nada, para así poder seguir cuidando de su familia. Todos lo estaban pasando mal, pero estaban juntos y eso le ayudaba a llevarlo mejor, hasta que un día llamaron a su puerta y reclutaron al único hombre que encontraron en su casa, Antonio, su hijo, José desesperado les dijo que se iba él, pero el hombre que vino a por Antonio le dijo que no opusiera resistencia si no quería que se llevasen también a su hija para alegrar el frente, dijo aquel hombre. José no daba crédito a lo que oía, pero pensando que podía ser peor, dejó que se llevaran a Antonio, aunque era su único hijo, de quince años.

Antonio viendo que aquellos hombres podían hacer daño a su familia, dijo a su padre:

-Tranquilo padre, voy a luchar para que esto cambie, así no podemos vivir.

Ante aquella postura del chaval, los hombres se volvieron hacia el padre y le dijeron:

-Lo ves, él tiene más orgullo que tú, y más posibilidades.

Todo fue una mentira, Antonio no quería que su padre sufriese y tampoco provocasen en él el llanto, que sus ojos nobles y sinceros dejaban asomar, no quería que aquella gente pensara que en su casa no había hombre y con orgullo acató la orden de ir.

Se despidió de todos muy deprisa y se llevó un pequeño hato que su madre le preparó apresuradamente.

Aquella noche, fue muy distinta a las demás en aquella casa, a pesar de no haber nada para cenar, nadie se dio cuenta, todos miraban el sitio de Antonio, y su vacío.

Pasaron los días y en aquella casa se vivía para esperar las noticias del frente, que no llegaban. El padre salía todos los días a buscar información y a ocupar su tiempo, no podía dejar de luchar, estaban su mujer y su hija. La madre se sumió en una tristeza de la que no salía, mujer de pocos rezos, ahora siempre aferrada a su rosario, solo levantaba la cabeza, cuando escuchaba la llegada de su marido, por si había noticias. Aquella escena se repetía a diario. Un día, como todos, llegó una carta, la madre, sumida en sus rezos, no se enteró, fue Josefina quien recogió la carta, era del frente y con la curiosidad la abrió y fue ella quien recibió la noticia de que su hermano había muerto a manos de los fascistas en la batalla de Brunete, no había nada más en aquella carta y Josefina la destruyó, pensó que sería mejor la falta de noticias, que la noticia de que nunca más volvería Antonio.

-Mamá... Josefina se llama la abuela, ¿Antonio era su hermano?

-Si hijo, te darás cuenta de que la historia era muy triste, quiero que sepas que el tío Antonio, escribió un pequeño diario de los días que paso en el frente, ese diario lo tengo yo, un día yo también fui curiosa y pregunté a la abuela donde estaba el tío Antonio, en aquel momento la abuela todavía estaba en nuestro mundo y fue ella la que me contó esta historia y la que me dio el diario y me dijo lo mismo que te voy a decir yo ahora: El diario es tuyo, pero sólo lo leerás, cuando seas capaz de entenderlo. Y aquí llega el final de esta historia.

-Mamá creo que te entiendo ahora mejor que nunca cuando dices que la abuela es un tesoro y que hay que cuidarla y quererla mucho, ¿crees que he entendido el mensaje?

-Si Manuel, el mensaje es amor, es lo único que nos puede salvar de otra guerra.

-Yo también lo he entendido, porque os quiero mucho, de verdad, añadió Andrés.

M^a Luisa Pérez Ortiz
Aula Mentor (T-1)